

de augustos encinares,  
reducto de verdades seculares;  
de mínimos alcores  
sobre mares de vívidos colores.  
Llanura de sarmientos,  
de viñedos abiertos a los vientos...  
Silencio reposado en el camino,  
y en el almiar -lejano promontorio-;  
silencio giratorio  
en las sagradas aspas del molino.  
Silencio concentrado  
en los vinos espesos y sanguinos,  
en el aire finísimo y helado,  
en las ventas de rostros blanquecinos.  
Silencio concentrado  
en rastrojos, perdices y tomillos,  
en los flagrantes tonos amarillos  
del campo requemado.  
En los azafranales,  
en las tardes de otoño soleadas  
y en las reconditeces recatadas  
que guardan los silvestres matorrales.  
Silencio de pastores,  
silencio de rebaños y majadas,  
de barbechos y tierras sosegadas;  
de remotos y mágicos temblores,  
de diablos y ocultos caramillos  
que en boca de zagales y chiquillos  
tejen silencios con albor de amores.  
Silencio de curtidos campesinos  
de boína, de refajo y de cayado,  
empapados de sol.  
En sus almas silencio resignado  
a todos los destinos,  
con la esencia mejor de lo español.  
Y silencio en los pueblos apegados  
al terruño reseco,  
con todos sus sentidos enraizados  
en la tierra dormida y en el eco  
de las germinaciones,  
que operan en su seno  
el milagro viejísimo y sereno  
de su brote, cual rotas ilusiones  
del alma más estéril y más pobre.  
Y cada pueblo sabe que el rocío  
no caerá siempre en el campal vacío,  
y la llanura de fulgor de cobre  
verdecerá como marina viva,  
y hará la brisa, en sus penachos, olas;  
y otra vez volverán las amapolas  
a deshojar su risa sensitiva.